

aquí el alma navega

(pliegos de poesía)



BELMONTE (Cuenca) — N.º 0 — FEBRERO 1970

LLEVAN LA REVISTA: ANDRES DURO DEL HOYO

ANGEL SEVILLA PANADERO

JOSEMARIA ABELLAN

COLABORAN: FEDERICO MUELAS

ANGEL SEVILLA PANADERO

FRAY LUIS DE LEON

ANDRES DURO DEL HOYO

JOSEMARIA ABELLAN

EDUARDO DE LA RICA

Edita: Excelentísimo Ayuntamiento de Belmonte (Separata del B. M.)

Imprime: Imprenta de Falange — Aguirre, 3 — Cuenca, 1970

Depósito Legal: CU, 16-1970

¿Por qué: AQUÍ EL ALMA NAVEGA?

No sé hasta qué punto Fray Luis de León "no se da cuenta que está muerto y crece" (como diría Diego Jesús Jiménez). Porque el hecho es este: que bajo su sombra o aliento ha reunido a tres poetas: Angel, Josemaría y Andrés, para que, en su tierra natal, aparezca por vez primera una revista de poesía.

No sé hasta qué punto sigue Fray Luis llenándonos de asombro y admiración. Porque el hecho es que D. Antonio Velasco, Liébana, Alcalde de Belmonte, está dispuesto a que se lleve a cabo la publicación de AQUÍ EL ALMA NAVEGA.

Si nos ha reunido tu voz, lógico es que la revista se cobije para su título en uno de sus grandes versos. Y es también lógico que nazca donde el Maestro, con ese bello castillo medieval al fondo.

Ninguna lluvia puede ser tan beneficiosa, poéticamente hablando, como la que venga de este genial poeta, a quien el Padre Custodio de la Vega no duda en llamarle "el mejor lírico universal".

Recibe Fray Luis de León este homenaje de tu Alcalde y de este grupo de poetas conquenses que saben que tú creces y no nos dejas en paz sólo por una razón: PORQUE ERES INMORTAL.

BIOGRAFÍA CIERTA

¡Bajel de mi recuerdo a toda vela
venido de una Atlántida perdida!
Doy hacia atrás al manillar del tiempo
y todo retrocede: vuelve al muro
la piedra que cayó; sacude el muerto
su palidez, su frialdad, lo mismo
que el agua el galgo que del río sale.

Y aquí estás, mi tesoro,
mi tesoro de pobre,
gayo recuerdo de calcomanías
—o escarlata de hidalgo de gotera—,
arrebujado en años, sólo míos,
sorprendido al saberse descubierto.

Aquí estás, padre mío. Son tus ojos
prestándome su luz, día tras día,
defendiendo a los míos en la sombra,
injertando en mis hombros de vencido
esquejes de altas alas.

Aquí estás, madre mía, silenciosa,
mínima, dulce, delicada, grácil,
junto al balcón... La tarde va dejando
su muestrario de luces en el cesto
de tu costura. Y el resol perfila
la Torre del Telégrafo a lo lejos,
sobre morados cerros.
De la plazuela —El Escardillo—, sube
un jubiloso griterío. Salen,
salimos —son las cinco—, de la escuela.

Sois vosotros, amigos,
—¡Cuántos embarrancados en la muerte:
Julio Arturo, Ramón, Fausto, Teófilo!...—,
rebeldes o sumisos.
Bancos del Instituto... "La hora"; fuera,
tiro al blanco, melados y corrillos.
Fugas al cerro próximo, a la Audiencia
—palurdos o gitanos entre guardias—;
tronantes don Leopoldo, don Arturo...

Fútbol recién nacido allá en las eras;
versos en ciclostyl. En la pantalla
William Farnum o Perla Blanca. Y ellas
de siete a nueve por Carretería.

¡Dame, Señor, mis horas! Te las pido
como la Gloria si merezco tanto.
Vázame en ámbar bueno;
encierra para siempre
la brizna de un instante, uno cualquiera,
en el goterón denso,
en la dorada miel de aquellos días.

¡Représame, Señor! Pon en mi cauce
tu mano, que no sabe
de días ni de horas.
Quiero ser como el agua verde, verde
del Júcar, extasiado
entre chopos donceles
bajos los vidrios altos de mi casa.

Quiero sentir el terciopelo frío
del musgo en Navidad, el que arrancaba
allá en la cuesta de San Juan, y el cálido
vaho del tamo en la era, en La Fuensanta.
Quiero vivir la deportiva gloria

de una tarde en las eras, y el acoso
del ansia primeriza de decirle
a ella lo que luego fue silencio.

Quiero el respeto antiguo
—don Antonio, don Juan o don Mariano—,
sentir de nuevo su rigor amable.
¡Devuélveme, Señor, aquel arrobo
que me hiciera romper con la cabeza
el cristal del balcón cuando pasaba
sus años, doce apenas, por la calle!

Federico MUELAS

¿Son acaso, oh Dios, montañas
hoy la furia que tu Cuerpo en sacrificio circundaba
en tu monte alzado sobre el tiempo?

¿Cesa el fuego hirviente de tu Sangre,
recorriendo las calzadas de los siglos,
coagulada ya para secarse,
sin que incite a dividirnos en favor o en contra
tu oblación acepta al Padre?

Y por qué no muestran nuestras manos
el palpable estigma de su muerte,
que, conscientes del deicidio,
las entrañas no corroa cual carcinoma?

Y, ¿por qué para aceptarla es libre el hombre?

Grande oscuridad andando a tientas
por el callejón del mundo sin salida!

Desbocado va caminos que son suyos
sin topar con una llama que deslumbre
y del polvo lo levante.

"Soy la luz", has dicho.

Y tu luz les ciega o no les llega.

Y no te vemos.

¡Oh tu Cuerpo que dejaste
—ascua viva que nos quema—
y al comerte nuestra carne deja en temple!

Firme sea el contagio hasta llegar
a legión los druidas nuevos que caminan tras el Hombre;
que ilumine nuevamente tu figura y nos la alargue.

Angel SEVILLA PANADERO

A FRANCISCO DE SALINAS

El aire se serena
y viste de hermosura y luz no usada,
Salinas, cuando suena
la música extremada
por vuestra sabia mano gobernada.

A cuyo son divino
el alma, que en olvido está sumida,
torna a cobrar el tino
y memoria perdida
de su origen primera esclarecida.

Y como se conoce,
en suerte y pensamientos se mejora:
el oro desconoce
que el vulgo vil adora.
la belleza caduca, engañadora.

Traspasa el aire todo
hasta llegar a la más alta esfera,
y oye allí otro modo
de no perecedera
música, que es la fuente y la primera.

Y como está compuesta
de números concordes, luego envía
consonante respuesta,
y entre ambas a porfía
se mezcla una, dulcísima armonía.

AQUI EL ALMA NAVEGA

por un mar de dulzura, y, finalmente,
en él así se anega,
que ningún accidente
extraño y peregrino oye y siente.

¡Oh desmayo dichoso!
¡Oh muerte que das vida! ¡Oh dulce olvido!
Durase en tu reposo,
sin ser restituido
jamás aqueste bajo y vil sentido.

A este bien os llamo,
gloria del Apolíneo sacro coro,
amigos a quien amo
sobre todo tesoro,
que todo lo visible es triste lloro.

¡Oh!, suene de continuo,
Salinas, vuestro son en mis oídos,
por quien al bien divino
despiertan los sentidos,
quedando a lo demás adormecidos.

Fray Luis DE LEON

M A D R E

Hasta tus playas llega mi fiereza.
Dijo la voz tu nombre
y cesaron los dientes de roer.
Toda escalera, andamio y ascensor
nos viene de tus manos.

Cuando tu nombre no es todas las cosas,
oh que aristas más duras
cargan toda su rabia en nuestros hombros!

Dejamos de ser niños
y entramos en el circo de repente,
donde después sabemos que esperaban
mil leones hambrientos un descuido.

¿Qué haríamos nosotros si faltaran
unos brazos maternos,
cercaños al prodigio,
a envolver en su magia la dureza?

Siempre nos acompaña su recuerdo
con barniz y pincel ya preparado,
porque la lluvia arranca
el brillo de los ojos.

Yo te llamo en mi noche y te pronuncio
despacio, con fervor, deletreando
esa caricia que precisa el cuerpo,
esa ventana
por donde empieza siempre la mañana.

¿Dónde aprendió tu sombra mi estatura,
pues llega a mi medida
cuando me duele el sol?
¡Oh tu sombra, la anchura de tu vientre,
qué consuelo según voy avanzando
en esta vida
pues va tomando siempre
la forma de mi cuerpo!

MISERERE DE PRADAS

Misere mei Deus secundum magnam misericordiam tuam.

De pronto el alma tuvo los límites precisos
o la clara visión para explicar
su respirar eterno dolorido.

Dijo el coro tan sólo miserere
con las notas de Pradas
y el gran peso del alma comprendimos.
¡Cómo se torna fuente una palabra
si nos la entrega en ritmo
una genial batuta!

El versículo avanza
elevando el dolor hasta Dios mismo,
hasta ese río grande y redentor
de su misericordia.
¡Cómo se funden música y palabras
para forzar la grúa gigantesca
que pueda conducir ante Yavé
las lágrimas del alma!

Miserere de Pradas,
de la Cuenca que se hizo miserere.
¡Cómo mis ojos saben de tu origen
en estos días grandes de mi semana santa
cuando trepan las calles, aireando
el último por qué de su ascender
con música de Pradas!

¡Cómo mis ojos muestran tu grandeza,
miserere de Cuenca,
abiertos a una luz definitiva!

Andrés DURO DEL HOYO

L A T A S C A

Con esta voz, alimento mi lengua.

Hoy

no sabré cantarte

sino con este vino,

alivio de las tardes que se fueron,

sino con este aliento

que rezuman las viejas tinajas.

Es el grito del naipe

y el consejo del tapete,

la voz de la baraja

y el susurro de los dedos

y en su trajín

rumiando silencios. Paso, perdón,

he querido decir

que siento este mensaje,

que entiendo los ojos que se cierran en la

noche, que sé de la mujer

paciente en su casa

a la espera siempre cierta

del marido

y de la lumbre a la cama. Y digo,

si ya no calienta el sol,

si las bestias descansan,

si las alforjas aguardan cansadas

la mano

que las llene,

¿cómo si no entender la letanía

del humo

y de los tacos?; decidme vosotros, todos,

los que sabéis

del arado y del estiércol,

los que odiais

la lluvia

cuando no llega,

¿qué mal os ha hecho el cielo?

Lo siento.

Si alguien os ha querido mal
por el lujo
de vuestra ignorancia,

yo os amo,

creedme,
os amo sin rencor,
como quien ama a los muertos.

¡Qué vanidad

la vuestra
que no acepta
sino la fatiga almacenada
en la punta del arado!

A todos, os pido el único amor
que de vosotros no ha nacido
en vano. Dadme
para mi viaje

la sangre del corazón,
la caridad de la simiente,
la cárcel donde arrecia la alegría,
la esterilidad de tu sonrisa,
—hombre del campo,
labrador—,
el rosario de odio
y de tristeza,
sin rezar aún

por vuestros hijos,
las ascuas y el humo
donde vuestro hogar se hace de leyenda. Os pido
todo lo que yo no sabría daros
ni aun gritando
la devoción que me causan vuestros campos.

Josemaría ABELLAN

EN LAS CIUDADES ENTERRADAS

A Alvaro Muñoz

En las ciudades enterradas
yacen sucesos incompletos,
frustrados pájaros de acción
trascendentes o humildes. Allí duermen
junto a la estatua mutilada,
el templo semihundido,
el friso que conserva
algún fragmento prodigioso,
y cuando el suelo se abre
como una eterna flor
a la curiosidad de los científicos,
aquellos medios hechos se incorporan
a la causa del hombre
en los mismos arqueólogos
que reciben la herencia de la tierra
por mandato del tiempo. Aquí se enlazan
las invisibles partes del suceso,
aquí se coordinan
sus diluïdos ámbitos
para redondear el ciclo histórico.

Eduardo DE LA RICA

CRÍTICA DE LIBROS

POEMAS DE LA VERDAD ABIERTA.—Autor: Luis Molina Santaolalla. Editorial Occitania. Barcelona.

“Poemas de la verdad abierta” vienen a continuar una línea que ya empezó el autor con “Cantos del hermano vuestro”.

Molina Santaolalla ha crecido. Si comparamos las dos obras citadas con su otra obra anterior, “Del hombre, de la estrella, de la rosa”, veremos cómo cada vez se va madurando más y más.

En “Poemas de la verdad abierta” sigue inmerso en el mundo de la poesía social. Su lenguaje es directo, llano, abierto a la metáfora y a la sorpresa. Sigue rompiendo el ritmo, forzando el orden de las palabras y usando alguna vez frases no de acuerdo con las corrientes de ahora, pero después de tres libros hemos de pensar que es esencial a su modo de hacer y ya no nos atrevemos a señalarlo no ya como defecto, sino ni siquiera como descuido.

Su poema “Luis” basta para que nos demos cuenta de la superioridad de este libro comparado con los anteriores. Sin duda, es el mejor poema que L. M. S. ha escrito. Un buen poema donde el autor nos da medida no sólo de lo que es capaz de hacer, sino también de lo hecho.

A. D. H.

* * *

POR SENDEROS CASI PROHIBIDOS.—Autor: Josemaría Abellán. Publicaciones de la Escuela de Magisterio “Fray Luis de León”. Cuenca.

Resulta tópico siempre que se habla de un primer libro aplicarle la palabra “agraz”. Yo, sin embargo, creo que esto es verdad en la mayoría de los casos.

“Porsenderos casi prohibidos” es un primer libro y además está escrito por un jovenísimo poeta: Josemaría Abellán.

He dicho poeta porque si bien es cierto que aún no encontramos un modo de hacer personal, propio, ya nos deja ver posibilidades. Maneja el verso con bastante soltura y presiente dónde se encuentra lo poético. Que dé en el blanco ya no es tan fácil. Con todo podemos decir que al leerle nos dábamos perfecta cuenta de que hay duende en sus poemas. Es cierto que junto a aciertos como “fuimos buscando siempre / esquinas / donde / ir / dejando / huellas nuestras” hemos encontrado otros versos de los que hemos de decir lo contrario, como “en una espina una rosa”...

Abellán busca lo poético en la importancia que en sí tiene lo que se dice, por eso apenas le preocupa la metáfora.

Creo que, en resumen, podríamos decir de Abellán con Heidegger: “Lo por hacer tiene mayor importancia existencial que lo ya hecho”.

A. D. H.

